

A continuación el Dr. Mazzei pronuncia la siguiente disertación sobre el tema: "Los Fundamentos de la Moral Médica".

Los Fundamentos de la Moral Médica

Sería imposible expresar con palabras mi estado de ánimo, porque no todo lo que viene de lo íntimo del corazón puede aflorar a los labios. En honor a la verdad y como eco de mi propia meditación debo decir que creo que lo que se me ha conferido no premia lo que soy, sino lo que aspiro a ser.

Hago público mi agradecimiento a los Señores Académicos que me eligieron, y a quienes contribuyeron a mi formación: mis padres, esposa, Maestro, sacerdotes y amigos dilectos; de ellos, preponderantemente: la madre virtuosa y abnegada, excepcionalmente consagrada al hogar, ya definitivamente ausente, para quien parecían haber sido escritas las palabras con que Sarmiento definió a la autora de sus días; la esposa ejemplar que la Providencia señaló para irremplazable colaboradora y compañera, que fue capaz de renunciar a su carrera universitaria por la dedicación a la formación de los hijos, tan apta para mecer la cuna de ellos como para comentar la obra literaria de Victoria Colonna, o el arte de Miguel Angel, o la Filosofía de Bergson.

Rindo aquí homenaje a mi ilustre Maestro Castex, cuya auténtica calidad humana lo ha erigido en figura señera de la Medicina. Desde la iniciación de la mi carrera profesional, hacen más de 38 años, he sido su discípulo y colaborador y pude tener desde entonces el *modelo continuado del auténtico médico*, en quien la moral rigurosa y ejemplar tiene primacía, lo que explica la gran fuerza rectora de su vida, parangonable a la de sus merecimientos técnicos y culturales; su magisterio de 30 años en la Cátedra Universitaria y más de 50 años en la profesión, lo señalan no sólo como guía sin par, sino además como un Código de Etica Médica.

De él sus discípulos aprendimos que para juzgar y promover a los hombres, *el valor de las condiciones morales antecede a los otros*. Supo y consiguió crear en las Salas de su fecunda y ya histórica Ira. Cátedra de Clínica Médica de Buenos Aires una atmósfera no sólo científica e intelectual sino también *moral*, atmósfera luminosa, como una lama que nunca se apa-

ga; por eso su Escuela no se ha edificado sobre arenas movezizas y ese ha sido uno de los factores de *su permanencia*.

Me es muy grato rendirle homenaje aquí, donde hoy se reúne la Academia Nacional de Ciencias Morales, en el recinto de esta Academia Nacional de Medicina, que es una de sus grandes realizaciones.

*
* *

Ha querido la Providencia que esta ceremonia, la bienvenida me haya sido dada por el Dr. Osvaldo Loudet, uno de los pocos Maestros de mi generación, a quien conocí hacen 40 años como alumno de la Facultad de Medicina y cuya obra he seguido siempre de cerca y admirado repetidamente. Al agradecer aquí sus palabras, quiero expresarle públicamente mi adhesión y coincidencia con muchas de sus ideas y repetir en su homenaje, uno de sus pensamientos más atinados:

“Lo que da a la profesión médica una inigualable altura moral, es que ella va al encuentro del dolor. El tributo que el médico paga al dolor del prójimo sólo puede ser comparado al que ofrece el sacerdote, pero este último rara vez recoge como premio de sus afanes, la indiferencia, la censura, o la ingratitude... La profesión médica, es la más alta, la más noble, la más digna, la más hermosa de todas. Existe una psicología y una moral médica distinta de todas las demás, superior de todas las demás, superior a todas las otras, con problemas y casos propios que, naturalmente, están en la índole de su misión y dependen del hombre que la ejerce. Nos referimos, claro está, al arquetipo del médico, al modelo que todos los médicos deben tener presente...”

Y en otros de sus escritos, a propósito de una biografía dijo con razón, esto que comparto: “las conquistas admirables de la física y la química biológica no deben significar la disminución de valores intelectuales y morales inherentes a la más humana de las profesiones”.

*
* *

La crisis contemporánea, debida entre otros factores al goce materialista y a la idea que para la sociedad frívola el dinero es gala y mérito, alcanza a la Moral y a sus valores; a este hecho no es ajeno lo señalado por Ortega y Gasset, en uno de sus más valederos y perspicaces estudios, referente a la aparición del hombre-masa, “cuya vida carece de proyectos y va a la deriva”, que más que hombre es una caparazón de hombre”, es una especie de hombre desvalorizado, escasamente emotivo, nada activo, que “hace lo que todo el mundo”; ha existido siempre,

pero lo que caracteriza a nuestro tiempo es su rebeldía e imposición; si ese tipo humano, indiferente a los valores del espíritu —expresaba asimismo aquella figura rectora del pensamiento español— sigue dueño de Europa y es definitivamente quien decida, bastarán 30 años para que nuestra civilización se hunda”.

Lepp con palabras elocuentes ha expresado: “dos guerras mundiales: el comunismo y el nacionalismo, las explosiones de Hiroshima y Nagasaki han hecho que se tambalee la fe en la superioridad intelectual y moral del mundo moderno”; o, para decirlo con las palabras de Peter van der Meer de Walcheren: “el drama de nuestro tiempo es ante todo un drama espiritual. El hombre moderno está espiritualmente enfermo. Al hacer un uso ilícito de la divina dádiva de la razón, ha arrancado violentamente todas las cosas de su natural contextura, del engarce universal de la Creación, y ahora se está destruyendo a sí mismo. ¿Qué otra cosa cabe?... Poseído de una satánica y necia soberbia, ha arrancado de cuajo el sentido y el fundamento de su existencia. Y da vueltas furiosamente en el vacío, no sabe ya qué es lo que está arriba ni lo que está abajo, dónde está el bien y dónde el mal, qué es el error, qué la verdad”; Henri de Montherlant contestando a quienes afirman que “hay que marchar con la época”, replica: “Hay que ir de la mano de la razón y la honestidad, con su época o en oposición a su época. Pues el hombre actual tiene deficiencias catastróficas en el orden de los valores morales o del juicio, único orden que vale sin embargo. Lo que importa es nuestro pensamiento y nuestra calidad humana, y no la Luna”.

Así pues, la crisis de la Moral —es decir del valor e imperativo máspreciado del hombre—, parece no querer excluir a la Medicina. Pero ella terminará por salvarse, porque tiene *otro sentido* y porque *sus bases son otras*. Sobre ellas me ocuparé aquí, en lo que me ha sido posible meditar sobre las mismas. No sé si estaré a la altura de los quilates de esta Corporación, pero como el juglar de la conocida leyenda medioeval, ofrezco a Nuestra Señora lo que puedo.

*
* *

El acto médico abarca el campo *científico, social y moral*; debe *subrayarse* desde ya que la *dimensión auténtica de la Medicina sólo se logra cuando la acompaña el contenido moral y espiritual que ella requiere* —con sus componentes, la ética, la devoción, el sacrificio, la caridad, la abnegación—, y que en ella la *moral más que una condición o un factor es un mandato* y una *exigencia fundamental*, que gana la primacía en la *escala de valores*, y sin la cual deja de ser la más noble de las *profesiones* —capaz de glorias y hasta de heroísmos, tal como el de Albert Schweitzer—, para poder convertirse en la más peligrosa.

Una de las definiciones más justas y universales del *acto médico* es la de Portes: “*la confianza que manifiesta espontánea y libremente el paciente, en la conciencia de su médico*”. Podría ampliarse con justicia agregando que por ser el enfermo persona que sufre, es una confianza y una esperanza que se enfrenta a una conciencia, a una responsabilidad y a una moral, la del médico como persona; así pues, *responsabilidad y conciencia sólo pueden existir si existe la moral*. Sólo así se edifica el “*estado de médico*” de eso que hizo decir a Duhamel: “sabe que no puede, piense lo que piense y haga lo que haga, sino actuar como un médico. Cada palabra que pronuncie, lo quiera o no lo quiera, es palabra de Médico. Guarda en el fondo de sí mismo, el placer de cuidar y la necesidad de curar y en el fondo de su corazón, no renuncia jamás a sus poderes porque esos poderes son, antes que nada, sus imperiosos deberes”.

La medicina es Ciencia y Arte. Pero para el médico auténtico hay algo *más importante que la ciencia y el arte: es la Moral*, porque el médico debe la mayor parte de su prestigio a sus aptitudes morales.

Por eso su verdadera base y grandeza *es mantenerse sin mácula* sabiendo que “entra en un orden moral donde a veces se exigirá de él más que a todo otro hombre” (Delway). Sólo con ella, su vocación resplandece.

Si dejan de tener vigencia sus normas, se deja de ser médico, pues —como dije en mi Conferencia de despedida a los médicos egresados de la promoción de 1960— “los conocimientos científicos y técnicos del médico son un medio, no un fin; deben servir para el bien, pero pueden servir para el mal; todo dependerá de la formación espiritual y moral de quien la emplee”. Sin esa formación el médico puede causar más mal que nadie. Y es deber nuestro pasar la antorcha limpia que hemos recibido de nuestros maestros a quienes serán nuestros sucesores, dándoles asimismo la noción que, aunque los que la ejercen *no son hombres extraordinarios*, tienen en cambio una *misión extraordinaria, a la que siempre va unida el poder moral*, justamente y como paradoja, en un mundo dominado por el *homo-económicus*, pues la Medicina, como la vida, *tiene otras riquezas*, que no son materiales, que le proporciona una singular *dignidad* y por ello una alta *responsabilidad*.

*

* *

La *Moral* es ciencia humana por excelencia. Louis Armand, al incorporarse a la Academia de Ciencias Morales de París en 1965, ha insistido que asociar la palabra “ciencia” al calificativo “moral” ha hecho sonreír a espíritus estrechos y escépticos; pero los espíritus abiertos y confiados han mostrado una vez más los precursores.

*
* *

Con Ignacio Lepp, compartimos el concepto que establece que ninguna sociedad humana puede prescindir de la moral, cuyos valores son *permanentes*: la moral es una de las funciones psíquicas *normativas* del hombre; su misión es *regular y orientar la vida cotidiana concreta de los individuos y de las colectividades, promover al hombre a su condición de ser espiritual*". La historia demuestra que la moral está muchas veces relacionada con el destino de los pueblos.

No puede ser sustituida por la ciencia de las costumbres, pues no puede confundirse *moral* con *costumbres*. Dudar del valor de sus prescripciones —dice Lepp— es "como derribar todo el *edificio de la civilización humana*, entregar el mundo a la *anarquía destructora*". Es un bloque enterizo, sin fallas: "se toca uno de sus elementos y todo el conjunto corre el peligro de deshacerse"; "no hay vida *humana* posible sin una *moral* sin normas que guíen las elecciones a través de las cuales debe realizarse un ser que trasciende las leyes rígidas del determinismo. "Ninguna sociedad humana —si no quiere disgregarse o perecer— podría prescindir de una moral cuyos imperativos libremente aceptados al menos por una fuerte mayoría de sus miembros, e impuestos si es necesario por la fuerza, en nombre del bien común, a la minoría recalcitrante". En otras palabras —en las de Zubiri— "*todo lo auténticamente humano tiene carácter ético y moral*".

Pero además, la humanidad, antológicamente social, obliga a que cada persona asuma plenamente su condición de *ser social*; para ello "la moral permite realizar todas las virtualidades del hombre". Con un criterio aún más amplio Lepp ha preconizado para "la nueva moral", agregar como misión principal "promover al hombre a la existencia auténtica, suministrarle los medios de realizar lo más plenamente posible su vocación de hombre, tanto individual como colectiva", ampliándose entonces hacia una *moral abierta*.

"En toda ampliación verdaderamente revolucionaria de la conciencia moral fue el cristianismo causa fundamental".

Al predicar la filiación moral divina de todos los hombres, Cristo y sus Apóstoles *echaron* las bases de una conciencia de la humanidad y de una moral verdaderamente universal" (Ignacio Lepp).

Así, coincidiendo con Bergson en la distinción entre moral cerrada y *moral abierta*, esta última o superior, procede más por afirmaciones que por negaciones, hace el bien y evita el mal, no porque se está obligado, ni por esperanza de recompensa o temor de castigo; actúa por pura generosidad o por caridad en el concepto cristiano": es la *moral evangélica*.

Estas dos morales “cualitativamente heterogéneas”, no son antagonistas ni incomunicables. A la última se llega sólo con la madurez “psíquica”, totalmente evolucionada, capaz de comprender la *libertad* y la *generosidad*; es *evolutiva*, como la naturaleza humana, con la maduración afectiva, intelectual y volitiva. “No es que la moral tradicional haya devenido mala por envejecimiento —dice I. Lepp—, sino que los hombres de hoy son diferentes de los de otros tiempos. Por ese carácter evolutivo de la moral, la ley moral es hoy “tanto social como individual” y “la conciencia individual se halla, y debe hallarse, en comunicación íntima con la conciencia social”. Es lo que constituye la “universalidad de la ley moral” (Lepp). Individuo y sociedad se integran mutuamente para esta elevación, sin la cual seguirá vigente la crítica justificada que Petter Howard ha hecho a nuestra época, según la cual “el hombre se ha convertido en un gigante científico, tecnológico e industrial pero permanece siendo un enano moral y espiritual”. Por eso nuestra profesión sólo es auténtica cuando tiene esos contenidos moral y espiritual y cuando tiene vigencia el criterio que establece que la dimensión moral es la más importante en la formación y en la apreciación del médico, y que sin su vigencia permanente nada definitivo puede construirse. Asimismo la autenticidad debe tener en cuenta que su misión abarca la *esfera personal* y la *societaria*, pues el individuo es inseparable del medio que lo rodea.

Los valores morales deben estar siempre vigente en el Médico, para no caer en debilidades humanas o en el plano inclinado de las complacencias. Para Vidal, Medicina es: *todas las ciencias al servicio del hombre; las ciencias morales* no hacen excepción a esta integración. A los deberes que ella siempre impone están vinculados otras cualidades: *el honor y la ética*.

El médico tiene los deberes que le impone el ser hombre y los de ser médico, y del contrato que como tal tiene con la sociedad.

En su obra sobre: “La relación médico-enfermo” el Dr. Mariano N. Castex (h), ha escrito acertadamente: “el verdadero médico integral, que vive su fe con autenticidad y sinceridad, dirigido por aquella conciencia que no transige jamás ante el mal, ve brotar en sus actos, como algo natural, a las grandes normas de la moral médica, y sabrá rechazar, sin compromisos y misterios, todo aquello que es indigno y signifique una posible sombra al honor profesional”.

Justamente la crisis de la moral es la causa fundamental de los desequilibrios actuales del mundo, de la inobservancia de sus leyes religiosas y sociales, de la ruptura de la escala de jerarquías del desconocimiento de la autoridad y del orden, de la apostasía de los valores.

En última instancia y frente a todos los problemas, no debe olvidarse que la moral y sus bases, están sintetizadas en el in-

mortal *Decálogo de Moisés*; Pío XII, que tanto ha insistido en la necesaria subordinación de los médicos a las normas morales, ha recordado que el médico como persona y en su actividad se mueve constantemente en el ámbito del orden moral y que no todo es lícito por el mero hecho de promover el progreso de la ciencia, ni que basta que el médico se deje guiar de su sentido moral o que procure resolver los casos según los gustos subjetivos.

Nos referimos a la *moral médica*. Cuando se considera la moral del médico, debe agregarse a las condiciones anteriores las referentes a la moral individual.

La moral cristiana. El concepto cristiano de la vida.

- a) La moral natural y la moral privada.
- b) El medio ambiente y la educación.
- c) La moral religiosa y el orden espiritual trascendente.

La moral médica es una *moral estructurada* y sus bases son:

- d) Las bases metafísicas.
- e) La madurez psíquica.
- f) “El estado de médico.”
- g) La responsabilidad, el deber, la conciencia.
- a) El Juramento Hipocrático y el hipocratismo.

a) *LA MORAL NATURAL. EL INSTINTO MORAL Y LA MORAL PRIVADA*. Los puntos de vista de una moral individual y social o profesional se relacionan estrechamente y para los moralistas cristianos, enseña Lepp: “la *moral natural* es la enseñanza en nombre de la revelación bíblica”. Y está de acuerdo con la *naturaleza del hombre*. “El sentimiento del bien y del mal está inscripto en el psiquismo humano”. En esta moral natural las bases están en el Decálogo. Pero además, Jesucristo trajo al mundo “la más profunda revolución moral”, al decir de Lepp; por ello se interpreta su venida, no sólo como restableciendo una antigua moral, sino convirtiéndola en una nueva, haciendo vivir la moral de las Bienaventuranzas.

Esta moral natural (como la educación, la madurez psíquica, etc.) es una de las bases de la *moral personal* de los cultores de la medicina que resulta de muchos factores; moral individual que justifique la frase que puede leerse en el claustro de la Universidad de Viena, debida a Nothnagel: sólo un buen hombre puede ser un buen médico (Nur ein guter Mensch kan ein grosser Arzt sein) y el de Osler: “La medicina es profesión para caballero cultivado”.

A esta moral, individual, está vinculada la *moral privada*. La medicina exige a quien la cultiva, moral profesional y moral privada que se extiende a *tener también una vida privada irreprochable*.

b) *EL MEDIO AMBIENTE Y LA EDUCACION.*

El ejemplo es el mejor método educativo y en la moral el ejemplo del medio ambiente familiar, social y laboral van a la vanguardia de su formación junto con el de los educadores. Esa educación moral “corre pareja con la educación intelectual, pero sobre todo con la educación afectiva” (I. Lepp). En nuestra profesión el factor importante ambiental es el laboral o medio hospitalario y la acción del jefe o del maestro de medicina, es la de un educador moral indiscutible, tanto o más que educador técnico. La acción del jefe o del maestro viene desde la Escuela de Cos, impregnando la “actitud moral frente al enfermo, a los colegas, a los discípulos y a la sociedad”; cuando es afectiva esa formación moral queda como una llama encendida, aún después de la ausencia de aquél que continúa en la categoría de “figura guía”.

Sergent aconsejaba con razón: “empeñémonos por cultivar en nuestros jóvenes la educación moral cuya garantía es el ejemplo. Enseñémosle que el objeto final de la medicina no es una ganancia de dinero, sino un triunfo sobre la enfermedad, y Coelho añade acertadamente acerca de la misión formativa de los maestros: “la llama de la belleza moral de los principios éticos que han guiado su conducta, debe trasmitirse a sus discípulos”.

En esa formación moral de los médicos, tan importante por lo menos como la formación técnica, incumbe a maestros y jefes, con su ejemplo, su prédica, su vigilancia, su corrección; en esa enseñanza entra además de la técnica, educar la moral y el sentido de la caridad, del honor, de la responsabilidad personal y social. En ocasiones puede llegar además de lo técnico y moral, a culminar en la modelación espiritual de ellos, haciendo que más que “instrucción” se tienda a realizar la “formación” médica, en sus aspectos técnico, profesional, espiritual y moral; pues educación implica también formación moral, son simultáneamente la educación de la inteligencia, del corazón y de la moral, lo que forman un buen médico.

Esa educación moral, una de las bases de la moral médica que se inicia en el hogar y continúa en el medio hospitalario, tiende a obtener el conocimiento de la jerarquía de valores, para con ella, hacer buen uso de la libertad y tener una conducta de libre disposición.

c) *MORAL RELIGIOSA TRADICIONAL Y EL ORDEN ESPIRITUAL TRASCENDENTE. LA MORAL CRISTIANA. PIO XII Y LA MORAL MEDICA. EL CONCEPTO CRISTIANO.*

La moral laica, además de los preceptos de la moral natural y del instinto moral, tiene inspiración pragmática y kantiana; la ley mosaica estableció principios básicos en los Diez Mandamientos que dictó el Mensaje del Sinaí. El mundo occidental

ha agregado a la *moral bíblica*, revelada a Moisés en las Tablas de la Ley, el apoyo de la *moral cristiana*, que constituyó “la ampliación verdaderamente revolucionaria de la conciencia” (I. Lepp).

Al predicar la filiación común divina de todos los hombres —dice Lepp— “Cristo y sus apóstoles echaron las bases de una conciencia de la humanidad y de una *moral verdaderaemnte universal*. Cuando leemos la célebre profesión de San Pablo: Ya no hay griego, ni judío, ni bárbaro, ni amo, ni esclavo, sino una nueva criatura en Jesucristo, nos cuesta representarnos lo que esto significaba de revolucionario, incluso para los espíritus más evolucionados, para que el fermento evangélico comience a levantar la pesada levadura humana”. . . La Revolución Francesa, con la famosa declaración de los derechos del hombre, no hizo sino formular como ley uno de los principios fundamentales de la moral cristiana”.

El cristianismo se había adelantado en siglos a las declaraciones de la Revolución Francesa, incluso en el concepto de *igualdad*; veinte siglos ha continuado en su defensa y en 1963, por boca de su Pontífice, reitera en *Pacem in Terris*: “en nuestro tiempo resulta ya vieja aquella mentalidad secular según la cual unas determinadas clases de hombres ocupaban el primer puesto en virtud de una privilegiada situación económica y social, o de sexo, o de la posición política”. En el mismo sentido el cristianismo proclamó la *fraternidad*, el concepto de *prójimo*, el *derecho natural* y desborda su doctrina hacia normas morales. La ética cristiana se constituyó en una moral de la vida.

La moral de la medicina ha sido influida fundamentalmente por los *valores del cristianismo*, que dio los principios de mayor jerarquía, insustituibles, tales como el de *valor trascendente de la persona humana* el de *la libertad*, *la caridad*, *el sentido sagrado de la vida*, desde los días iniciales del cristianismo, la vida humana, desde la concepción tuvo otro carácter y el aborto ha sido considerado como un homicidio.

Los valores nacidos de aquel Nazareno, que no fue profeta en su tierra son eternos e inmutables. De allí la eternidad del Evangelio.

El concepto de prójimo, la caridad, el no matar, el no hacer al prójimo lo que no se quiere para sí, las bienaventuranzas, el gran mensaje del Sermón de la Montaña, son resultados de un amor superior y únicamente él “está en condiciones de promover la existencia humana al grado más alto de autenticidad” (Lepp). El no matar dictará en medicinas normas indiscutibles frente al aborto, a la eutanasia, a los ensayos terapéuticos imprudentes, a los límites de la exterminación en el hombre.

Esta *moral cristiana*, se basa, entre otros fundamentos, en el conocimiento de que todo hombre individual puede perfeccionarse y ascender incluso en determinadas circunstancias has-

ta las alturas de la santidad" (Lepp). En relación con esto mismo están los *estudios sobre las causas de las crisis de la educación occidental* y a la cabeza de ellos la obra de Christopher Dawson: en el siglo XX la educación se ha tornado eminentemente *técnica y especializada*, pero ese siglo, hasta ahora, no ha resuelto el *problema de la educación* que es *hacer mejor al hombre para que él pueda hacer mejor al mundo*. La tecnología aislada simplifica el trabajo y estimula el afán del poder, pero se opone a la cultura y a la religión; sólo ésta queda como esperanza para volver a humanizar al hombre en vías de deshumanización y la esperanza está en la cultura cristiana que aún sin imponer credo ni fe, propone un conocimiento filosófico que se ha dejado de lado. Dice Dawson exactamente: "No podemos ignorar el hecho que toda civilización, desde los comienzos de la historia hasta los tiempos modernos, ha aceptado la existencia de un orden espiritual trascendente, al considerarlo como la fuente fundamental de los valores y de la *ley moral*. Hay una correspondencia evidente entre el colapso del orden moral, privado de sus finalidades y de las sanciones espirituales, y el colapso de las civilizaciones, perdida su relación con el orden moral".

Y Delesky, comentando al novelista Wells, decalcó: "La moral tiene un *carácter imperativo*, de un orden distinto al de la Ciencia objetiva. *La carencia moral no puede ser compensada por adquisiciones científicas*".

PIO XII Y LA MORAL MEDICA. Durante su largo pontificado, que llegó hasta 1958, S.S. Pío XII no cesó de expresar en lúcidos discursos y mensajes, las *normas morales que deben regir a los profesionales*. Y han sido a los de la medicina a quienes dedicó el mayor número de ellos. En los mismos señaló, como maestro de la Verdad Revelada, la defensa del *derecho natural*. Todo el conjunto de los discursos y mensajes constituye un *moderno código*, expresado desde la Cátedra infalible de Roma. Así, en el VII Congreso Internacional de Médicos Católicos de 1956, recordó que "la moral tiene por fin determinar la actitud consciente interna y externa del hombre en relación con las grandes obligaciones que proceden de las condiciones esenciales de la naturaleza humana: obligaciones para con Dios y la religión, obligaciones para consigo mismo y para con el prójimo, ya se trate de individuos, de grupos y colectividades, obligaciones en el campo casi ilimitado de las cosas materiales. La moral impone a la conciencia de cada uno, sea médico o militar, sabio u hombre de acción, el deber de regular sus actos según las *precitadas obligaciones*".

"Pero la moral médica va más allá. Basta tomar en las manos el decálogo, como la sana razón lo comprende y como la iglesia lo explica, para encontrar en él *buen número de normas morales que atañen a la actividad médica*". En la Oración del Médico, compuesta por Pío XII escribió: "como médicos que nos gloriamos de tu nombre, prometemos que nuestra actividad se moverá

constantemente dentro de la observancia del orden moral y bajo el imperio de sus leyes”.

En 1944 en su discurso sobre “Los principios directivos de la actividad del médico cristiano”, hizo resaltar que el *quinto mandamiento* (Non occides), que es la síntesis de los deberes que guardan la vida y la integridad del cuerpo humano, “está lleno de enseñanzas tanto para el docente universitario como para el médico que la ejerce. *Hasta que un hombre no es culpable, su vida es intocable*, y es entonces ilícito todo acto tendiente a destruirla, ya sea que tal destrucción sea un fin o solamente un medio para un fin, ya se trate de vida embrionaria o en pleno desarrollo o bien de una vida que llega a su término. ¡De la vida de un hombre no reo de un delito castigable con pena de muerte, sólo es dueño Dios! El médico no tiene derecho de disponer ni de la vida del niño, ni de la vida de la madre, y nadie en el mundo, ninguna persona, ningún poder humano, puede autorizarlo a la directa destrucción de la vida. Su oficio no es destruir la vida, sino salvarla”.

En la misma alocución, subrayó la *obligación de decir la verdad*, y asimismo insiste en el *secreto profesional* “el cual debe servir y sirve no sólo para el *interés privado*, sino también para el *bien común*. También en este punto pueden surgir conflictos entre el bien privado y el público; conflictos en los que debe ser extremadamente difícil medir y pesar justamente el pro y el contra de hablar o callar. En tal irresolución el médico consciente busca en los principios fundamentales de la ética cristiana las normas que lo ayudarán a encaminarse por la vía recta. Esas, mientras afirman la obligación del médico de mantener el secreto profesional, en el interés del bien común, no le reconocen un valor absoluto; no sería verdaderamente conveniente al bien común si ese secreto tuviera que ser puesto al servicio del delito o del fraude”.

En 1949, en el discurso a los participantes en el *IVº Congreso Internacional de Médicos Católicos*, Pío XII recordó que “el médico no respondería plenamente al ideal de su vocación si, poniendo a contribución los más recientes progresos de la ciencia y del arte, no hiciese entrar en juego, en su papel de práctico, su inteligencia y su habilidad, y si no aportara también su corazón de hombre, su caritativa delicadeza de cristiano. El no opera in anima vili: trabaja directamente, sin duda, sobre cuerpos; pero sobre cuerpos animados por un alma inmortal, espiritual, y en virtud del lazo misterioso, pero indisoluble, entre lo físico y lo moral, no obra eficazmente sobre los cuerpos sino cuando obra al mismo tiempo sobre los espíritus”. “El médico cristiano tendrá siempre que mantenerse en guardia contra la fascinación de la técnica, contra la tentación de aplicar su saber y su arte a otros fines que al cuidado de los pacientes a él confiados”...

“La moral natural y cristiana, mantiene siempre sus derechos imprescriptibles; es de ellos y no de consideraciones de

sensibilidad, de filantropía materialista, naturalista, de donde derivan los principios esenciales de la deontología médica; dignidad del cuerpo humano, preeminencia del alma sobre el cuerpo, fraternidad de todos los hombres, dominio soberano de Dios sobre la vida y sobre el destino.

En 1954, en el discurso a la VIIIª Asamblea de la Asociación Médica Mundial propuso en materia de moral médica, tres ideas básicas que son:

1. *La moral médica debe basarse sobre el ser y la naturaleza* y esto porque ella debe responder a la esencia de la naturaleza humana, a sus leyes y relaciones inminentes. La moral médica puramente positivista se niega a sí misma, pues las normas morales proceden necesariamente de los principios entológicos correspondientes.

2. *La moral médica debe ser conforme a la recta razón, a la finalidad y ordenarse según los valores.* La moral médica en el médico supone cuestiones de conciencia personal. No vive en las cosas sino en los hombres, en las personas, en los médicos, en su juicio, su personalidad, su concepción y su realización de valores.

3. *La moral médica debe enraizarse en lo trascendente.* El carácter absoluto de las exigencias morales se mantiene, ya el hombre le preste oído, ya se lo niegue. El deber moral no depende de la complacencia del hombre. La acción moral sola es su cometido. Este fenómeno, que se observa en todos los tiempos, del carácter absoluto del orden moral, obliga a reconocer que la moral médica posee en último análisis un fundamento y una regla trascendentes.

En 1955 recordaba: “las profesiones dedicadas a la curación de los enfermos implican graves responsabilidades y no pequeños deberes pero también grandes e íntimas satisfacciones. Si se exceptúa el ministerio sacerdotal, que entra en contacto directo con las almas, ninguna otra categoría de personas penetra mejor que vosotros en el hombre en momentos críticos de su vida, cuando se encuentran frente del sufrimiento.

En 1958, en el XIII Congreso Internacional de Psicología aplicada, al definir la *personalidad humana desde el punto de vista psicológico y moral*, después de recordar el diverso sentido que se le ha dado, la entiende como “la unidad psicosomática del hombre en cuanto determinada y gobernada por el alma”, es decir es un todo cuyas partes no están separadas sino ligadas entre sí; esta unidad psicosomática tiene un “yo” que se posee y dispone de sí mismo, que es el mismo para todas las funciones psíquicas y permanece el mismo aún en el correr del tiempo; hay una universalidad del “yo” en extensión y duración. “La personalidad puede ser considerada ya como un simple hecho, ya a la luz de valores morales que le deben gobernar”.

Destaca Pío XII que la *metafísica considera al hombre como fin último*, que le es propuesto por un ser vivo, dotado de inteligencia y libertad, en el que el cuerpo y el alma están unidos en una sola naturaleza. En este sentido, el hombre es siempre una persona distinta de las demás, un “yo” desde el primero al último instante de su vida cuando no tiene conciencia. *Responsabilidad y libertad* son igualmente esenciales a la personalidad.

Sostuvo que la persona humana “es la más noble de todas las criaturas visibles”, y, a propósito de las *obligaciones morales* respecto de la *personalidad humana* aclaró que la persona que se entrega a un estudio y aplica sus leyes no abandona nunca el plano moral, porque en ningún momento su acción libre deja de preparar su destino trascendente. En la escala de valores y de las normas superiores figuran “las del derecho, la justicia, la equidad, el respeto a la dignidad humana, la caridad ordenada hacia sí mismo y hacia los demás. Estas normas no tienen nada de misterioso, sino que aparecen claramente a toda recta conciencia y son formuladas por la razón natural y por la revelación”. Ese mismo año, insistió en que “*existe una ética médica natural* fundada sobre el *juicio recto* y sobre el *sentimiento de responsabilidad de los médicos mismos*”.

d) *Las bases metafísicas.*

Estas bases se relacionan con el sentimiento metafísico de la naturaleza de la persona humana, ya recordado anteriormente al comentar a Pío XII.

Dice Remy Collin, con razón, que “si en la condición humana sólo se ve la biología, si por ej.: el hombre —como lo establece Freud— es sólo un animal, veremos nacer una *moral de tipo naturalista o utilitaria, o totalitaria*”; pero sí, por el contrario, estimamos que el hombre es al mismo tiempo espíritu y animal, su perspectiva cambia completamente, pues a los fines biológicos se encuentra subordinado a un fin último que es el *Soberano Bien*.

“Mientras la primera lleva a un tipo de moral antropocéntrica, la segunda lleva a una moral teocéntrica, cuyo principio y fin es Dios”. Este pensamiento metafísico, prosigue Collin, “nace espontáneamente en el hombre de cultura científica, frente al sentimiento de incompletez que le deja la ciencia positiva, pues el hombre plantea dos clases de cuestiones que corresponde a los dos dominios, el de la física y el de la metafísica”. La razón metafísica requiere, por encima del conocimiento del mundo sensible, constituido por los objetos materiales, otra real inacequible al método positivo, pero accesible a las tomas del espíritu, que siendo uno, no es solamente el instrumento de la investigación científica, sino también el de la investigación metafísica cuyo objeto es el conocimiento de los primeros principios y de las primeras causas. Ella da a la ley moral un fundamento absoluto”. “El *humanismo ateo*, cortando al hombre de

lo sobrenatural lo priva de su libertad específica, que es el poder de sobremontar las servidumbres inherentes a la condición animal". La *biología sola* es impotente para dirigir nuestra conducta. El hombre trasciende radicalmente al animal. *El bien del animal es puramente biológico*. "Toda moral verdaderamente humana no puede revestir un carácter de obligación sino aceptando una *definición del hombre que sea a la vez biológica y suprabiológica*", y la *promoción de la salud*, que es la *misión social del médico*, es *inseparable de la moral teocéntrica*, la única capaz de prescribir los actos contrarios a los últimos fines del hombre que son espirituales".

e) *La madurez psíquica.*

El crecimiento psíquico que llevará a la madurez psíquica, permite adquirir una serie de condiciones, una de ellas la *tolerancia*, que para Lepp es *característica del progreso moral*. Bien distinta de la tibieza, la tolerancia interviene en ese progreso, lo mismo que *la generosidad y el altruismo*.

f) El "*estado de médico*". Se es médico para toda la vida y en todas las horas del día; ese estado hizo decir a Duhamel las palabras ya recordadas "sabe que no puede, piense lo que piense y haga lo que haga, sino actuar como médico. Cada palabra que pronuncie, lo quiera o no lo quiera es palabra de médico. Guarda en el fondo de sí mismo, el placer de cuidar y la necesidad de curar y, en el fondo de su corazón, no renuncia jamás a sus privilegios porque esos privilegios son obligaciones, ni renuncia a sus poderes porque esos poderes son, antes que nada, sus imperiosos deberes".

g) *La responsabilidad, el deber, la conciencia, la caridad.*

Nuestra misión de *defender sistemáticamente la vida*, obliga a tener concepto pleno de *la responsabilidad, del deber y la conciencia*. Ya en el Código Babilónico de Hammourabi, figuraba la responsabilidad médica, es decir, "la situación del que puede responder por sus actos".

Jean Louis Faure, al inaugurar el XXXV Congreso Francés de Cirugía, decía con razón: "todos los días disponemos soberanamente de la vida y de la muerte. Un consejo, una inspiración pasajera en el curso de una intervención difícil, un gesto, una mirada furtiva, y es la vida —o es la muerte—. Nosotros lo sabemos, tenemos la *conciencia profunda* y sin embargo no retrocedemos delante de estas *responsabilidades*. Ellas abarcan no sólo lo *individual* sino también la *colectiva*."

Por nuestra parte agregaremos que para que esa responsabilidad no se pierda es necesario, como lo sostuvo el suizo Fritz Koenig, en 1965, al defender a la medicina libre y oponerse a la ingerencia estatal: "Medicina libre para el médico y medicina libre para el paciente"; que *éste puede elegir libremente a su médico*, quien debe tener derecho a hacer lo que se sienta capaz,

para poder *tomar y aceptar su responsabilidad*, sin modificación de la relación médico-enfermo.

Este aspecto en relación con la *responsabilidad* es tan importante que el IIº Congreso Internacional de Moral Médica reunido en París en mayo de 1966 lo consideraron en especial Lortat-Jacob y Guéniot, quienes han insistido que el *concepto* es diferente para *médicos y juristas*. Para los primeros, la responsabilidad médica se establece *desde el momento en que el médico la asume*, desde que aprecia una situación, previene los peligros y toma los cuidados necesarios. “Es responsable de todo lo que hace y de todo lo que se abstiene”; *la responsabilidad es jurídica y moral*. Su intervención puede consistir en la apreciación de una situación, en una decisión y eventualmente una acción. El concepto de la *responsabilidad médica* va al par de la *independencia profesional entera*, y sobre todo de la libertad de prescripción. Se extiende a la medicina especializada y a la medicina en equipo, pues “cada miembro de un equipo es responsable de lo que está encargado de hacer”. El equipo no *despersonaliza ni diluye* la responsabilidad y no introduce ninguna nueva noción de responsabilidad colegiada de grupo, ni atenúa ni divide las responsabilidades, que son *personales*, tanto del jefe como de cada miembro del equipo, pues “*la medicina ha sido hecha para tomar las responsabilidades*”, y “*no hay médicos sin responsabilidad personal*”. De allí que el presidente de Vernejoul haya proclamado que esa responsabilidad personal “debe colocarse al mismo nivel, que los otros tres grandes principios del ejercicio médico en el mundo occidental: la *libertad del enfermo*, la *independencia del médico* y el *secreto profesional*”. Además, esa responsabilidad personal obliga al médico a estar al día en los conocimientos técnicos, a cultivarse intelectual y espiritualmente.

El deber: Si avanzamos sin flaquear sobre este camino sembrado de espinas —decía Faure— es porque estamos sostenidos por un *sentimiento* más potente que el hábito, más potente que la *indiferencia*, aun más potente que la *catástrofe posible*: el sentimiento profundo de lo que es nuestro *deber*. Pues para nosotros, el *deber supremo*, es de cuidar lo que debe ser cuidado, de salvar los que pueden ser salvados”. “La angustia que puede tener el jefe militar en la hora de decisión raramente tiene la ocasión de repetirse. En cambio para nosotros es la incesante obsesión de nuestra vida de cada día”.

“Esto que hace de nosotros los dispensadores sin apelación de la vida y de la muerte, nos impone grandes *deberes*.”

“Es necesario elevarnos a la altura de ese papel casi divino y trabajar con todas nuestras fuerzas por hacernos dignos. Tenemos un medio para lograrlo: el trabajo, aún el trabajo y siempre el trabajo!. Es entonces un *deber* para todos nosotros, es una verdadera *obligación moral*, de consagrar una parte de nuestro tiempo —aunque nuestro tiempo está contado— para poner-

nos al día con las nuevas ideas y procedimientos. Quitemos el espíritu de rutina. Sepamos guardar nuestro equilibrio. Conservemos nuestros derechos de crítica. Reflexionemos y en el hervidero incesante de las idas actuales, no dejemos extinguir, tanto como la lámpara sagrada que brilla en el fondo del santuario, la soberana claridad del *buen sentido*".

"Tales son los principales de nuestros *deberes!* Instruirnos, perfeccionarnos siempre en nuestra ciencia y en nuestro arte. Es así que tendremos el derecho de ejercer, conservándola, hasta en las circunstancias más crueles esta serenidad de conciencia que es nuestra arma más poderosa y nuestro refugio más seguro, en las horas en que podremos tener el derecho de conocer la laxitud y de sentir descorazonamiento! Pero al lado de estos *deberes* de orden *científico*, tenemos *deberes morales*, mayores aún: *deberes de conciencia, deberes de rectitud y de sinceridad* y los que son de todos los más nobles y los más sagrados, *deberes hacia nuestros enfermos*, hacia los que nos han confiado, hacia esta humanidad dolorosa que nos tiende sus brazos desfallecientes", y prosigue Faure: "Elevemos la altura de este arte magnífico, seamos dignos de nuestro destino, escuchemos la voz soberana de nuestra conciencia, y cada vez que tengamos en nuestras manos la responsabilidad de una vida humana, de esta vida prodigiosa, de esta chispa sublime que brilla un instante en la noche y que desaparece para siempre, descendamos en nosotros mismos y sigamos sin penas como sin desfallecimientos esta voz interior, esta voz a la vez poderosa y silenciosa, que sube desde el fondo de nuestra alma y nos dicta *nuestro deber!*

En última instancia cobra validez la frase de Paracelso: "El médico nace del corazón, emana de Dios, es la luz natural y el medicamento por excelencia es el amor".

Agreguemos a ésto que entre los deberes de conciencia está implícita la *conciencia insobornable* y también otro, que puede parecer contradictorio: el *deber de mentir por piedad*, en ciertas circunstancias. Sobre este deber de mentir Bastos Anzart ha razonado así: "los que aguardan nuestros dictámenes tras de la consulta médica, son todo lo contrario de un juzgado imparcial; son unos pobres seres dominados por la ansiedad y prestos al estallido de las más violentas emociones. Calmarlas es nuestro primordial deber. Y si para ello es necesario desfigurar la verdad, celarla mañosamente, disimular, mixtificar, crear ilusiones o en una palabra, mentir, hagámoslo con plena satisfacción de conciencia. . . A pesar de todo lo que nos digan, la gente reconoce a los médicos *ese derecho de mentir*. Lo reconocen también implícitamente las leyes de algunos países, así como los códigos de deontología médica que se han publicado. Curar con palabras, engañar a sabiendas? . . . Una cosa y otra suenan a pecado o a estupidez en los oídos de quienes *saben mucho de medicina, pero entienden muy poco de los enfermos*. Los que leen de corrido en los enfermos de laboratorio, en las gráficas, en los instru-

mentos de precisión, pero no saben leer en el alma de los pacientes... Estos médicos que no hablan ni dejan hablar a sus enfermos, que se limitan a elaborar sus diagnósticos y a extender sus recetas o sus planes en forma personal y *deshumanizada*, o *inhumana*, son los primeros engañados por su satánico engreimiento y son los que hacen más daño. Todavía podrían ser más dañinos si no fuera porque la gente les huye... *Se debe mentir cuando la verdad que hemos de comunicar al enfermo tiene para él como una sentencia de muerte*". Y en nuestra mentira piadosa damos a nuestros enfermos la mayor prueba de nuestra penetración afectiva.

1) *El Juramento Hipocrático y el hipocialismo*

Tipócrates legó, 500 años antes de Cristo, el código de deontología más antiguo, pues lleva 25 siglos.

En él se subrayan las obligaciones morales que deben tenerse con el maestro de medicina, con los miembros del cuerpo médico, con los enfermos. Se ha dicho con razón —por Bourgey— que Hipócrates de Cos, "es el padre no sólo de la medicina, sino también de esta ciencia occidental objetiva, clínica y experimental que nos conduce a las investigaciones actuales".

Hipócrates es la parte médica del milagro griego; éste no es una aurora, es un relámpago en la noche.

Como recordé en la ceremonia del juramento de los egresados del curso de 1966, en el Juramento Hipocrático han quedado firmemente asentados:

- el carácter sacerdotal de la medicina y el espiritualismo de su vida.
- el respeto al Maestro.
- el respeto total al hombre y a la vida del enfermo.
- la dedicación de la prescripción médica solamente al interés del enfermo.
- el *secreto médico*, sustentado no en una noción de orden público, sino en una obligación moral y espiritual. Este secreto médico anticipado en el Código de Hameurahi que hoy se pretende modificar cuando se trata de hombres de estado, o por razones de medicina social es uno de los pilares de la medicina y del concepto de la dignidad de la persona; por ello tiene siempre vigencia la expresión de Vogel: "al entrar en la casa del enfermo, el médico traspone el umbral de lo público hacia la intimidad de lo privado, donde se separa categóricamente lo que se puede decir de lo que se puede callar". Aquí como en muchas circunstancias de la vida debe recordarse que "saber callar es más difícil que saber hablar".

Otros libros de sus obras —cuyo conjunto constituye el Corpus Hippocraticum— el tomo llamado *Del Médico* y el de *Preceptos* abordan y aconsejan cuestiones llenas de juicio: la honestidad del

médico en todos sus honorarios, la necesidad de los cuidados gratuitos, la preocupación por el renombre del médico, la unidad del universo, el lugar que ocupa en él el hombre, la necesidad del cuidado afectivo a los enfermos, por la influencia moral sobre lo físico. Así, con el hipocratismos, emergen tres principios definidos así: (por Porthes): 1º) el Principio de la Unidad; situando al hombre en el universo del que no puede ser dissociado; 2º) el Principio de Individualización que separa a cada hombre de todo lo que lo rodea, para proclamar la alta dignidad; 3º) el Principio de la Natura Medicatrix, confiando en las fuerzas naturales para restablecer espontáneamente la salud.

El Hipocratismos —dice con razón Porthes— nos sorprende por su extraordinario grado de *perfección moral*, integra una revolución tan importante como el Cristianismo, dando a la medicina una concepción espiritualista, filosófica y moral. Fue lo que más influyó en los textos ulteriores sobre Deontología, tales como los de la Escuela de Salerno, la Plegaria de Maimónide, el Reglamento de la Facultad de Medicina de París (de 1598), el Juramento de Montpellier, el Juramento del Consejo Nacional de la Orden de los Médicos, el Juramento de Ginebra de 1948.

Con esas bases cobra valor una de las definiciones de la medicina “una confianza que se enfrenta con una conciencia”; el Médico es el dignatario de esta disciplina y “el sacerdote de ella” pero en el cumplimiento de su misión se le *imponen más deberes que derechos o privilegios de estima*. El prestigio de ella obliga a relegar sus deseos como hombre, a vencer su humanidad, a evitar en su lucha por reivindicaciones aún justas, los medios o las actitudes que, como el paro de actividades, va contra sus deberes; sino serían indigno de poseerlas. A pesar de todo, de las flaquezas humanas, de la deformación y confusión de valores de esta generación falta de fe y de confianza en los hombres, no se ha empañado el *esplendor a aquella misión, base del honor del médico* y de la exigencia a no renunciar a sus deberes, de cuidar ese prestigio y esa dignidad.

Así se nos ofrece la Medicina mientras haya fe en los valores morales a quienes guardamos la imagen ideal del Médico. Así como hay héroes de la Fe, los hay de la Medicina, en la cual la caridad, el Honor y la Moral son los equivalentes de la *libertad* cuando se trata del Hombre. Frente a todo lo que significa la *Medicina*, nosotros los médicos le debemos lealtad a sus normas morales. No comprender lo que se tiene con el título que se debe cuidar, es no comprender el porqué de las reglas morales de la Medicina, y no convivir con la grandeza de esas reglas significará no sobrevivir ya que para ella es imperiosa exigencia la *moral*.

Por ello la medicina sigue teniendo sentido aun en un mundo cuyos valores sociales y morales se hallan trastocados y en crisis; esa es otra de sus grandezas. Y si hay contradicción entre

lo que es y lo que debería ser, no es por culpa de ella, sino de algunos de sus cultores. Ello no disminuye su grandeza pues se mantiene más allá de los actos de esos cultores y por ello obliga a éstos a responsabilidades y deberes ineludibles.

Las bases de la moral médica, constituyen *realidades incuestionables*, que no pueden ser olvidadas ni mancilladas. Sin embargo, las nuevas condiciones e ideales en un sector del mundo actual, que ha dejado de ser luminoso y claro, el relajamiento de su moral, las dificultades económicas, pueden amenazar su integridad. Es *deber* de los estudiantes y de la sociedad prevenir que aquello ocurra, asegurando con el *bienestar del médico*, las condiciones para que los cultores, por dificultades sobre todo económicas no puedan ser llevados al plano inclinado de las desviaciones en que puede caerse por necesidades vitales. De no cumplir con ese deber los gobernantes y la sociedad habrán contribuido a la frustración de una Dignidad necesaria.

La crisis que alcanza a la Medicina Profesional, no es privativa de ella. Es la cultura occidental que está en crisis y es el mundo que nos rodea el que tiende a alcanzarla, porque ella no ha podido sustraerse totalmente.

En esta época en que muchos valores parecían derrumbarse, importa hacer nuestras las palabras de S. S. Pío XII, dichas en 1955, en el 4º Congreso Internacional de la Unión Médica Latina: “El enfermo merece, conforme a la tradición cristiana, las mayores atenciones por reflejar la imagen de Dios, de un Dios encarnado y doliente. El más insignificante de los servicios que se presta, se presta no tan sólo a un hombre débil e impotente, sino al Señor de todas las cosas, quien retribuirá con recompensa eterna el bien que en su nombre se hace al más pequeño de los suyos”.

“Este es el motivo por el que las normas morales, que el médico sigue, sobrepasan con mucho las prescripciones de un *código de honor* de la *profesión*; se elevan a la categoría de *postura personal* frente a un Dios viviente.

“De ahí derivan la más alta dignidad y nobleza de la profesión del médico, de ahí el carácter por decir así sagrado, que envuelve su persona y sus intervenciones”.

“Esta es la tradición, hoy día amenazada por un materialismo arrollador. Contra las desviaciones de una medicina que se resolviera en pura técnica, contra ‘el arte de curar’ que descuidara el factor humano y trascendente, reacciona defendiendo la primacía de lo espiritual tan constantemente afirmado por la cultura latina y llevada a su más perfecta expresión en la concepción de la vida humana.

Solo con la conciencia moral, que es un *mundo de valores* que nunca perderá vigencia, puede sobrevivir *la Medicina*; pues *sin ella la Medicina* no es auténtica, sino falsa, y no está en ar-

monía con la categoría del material que maneja —el hombre—, objeto y fin de la creación; solo entonces quien la ejerce, cuando es médico cabal, sigue creyendo en la *supremacía de los valores del espíritu sobre los materiales*, recordando que por ser médico debe vivir permanentemente como un médico, asume la plenitud de su destino, pues le sirve de mística para hacer de su profesión la última de las *profesiones románticas*. En cambio se pierde con la mentira, con las concesiones, con la violación de la ley de Dios, su título le proporciona una estatura moral que le obliga a mantenerse siempre a esa gran altura.

Hago mías las palabras del gran escritor francés Pierre Cabanis: “bajo algunos aspectos la profesión de médico es una especie de sacerdocio; en otros es una verdadera magistratura. Su deber es dar a su espíritu toda la perfección posible, y se vuelve tan sagrada que la más ligera violación, el más ligero olvido, la menor negligencia tiene siempre algo de verdaderamente criminal”. Podríamos agregar que en Medicina, la Moral, además de condición, es una responsabilidad de quien la ejerce; que cuanto más sólidas son las bases de esa moral médica mayor es el sacerdocio, la magistratura y el sentido del deber, como lo pide la herencia irrenunciable del Juramento Hipocrático y el carácter casi sagrado de nuestra profesión.
